

# CONFORMADOS CON LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO

Prof. Carlos Gil Arbiol

Aula de Teología  
30 de Octubre de 2012

## INTRODUCCIÓN

El tema que me han pedido abordar hoy, en línea con el resto de temas de este Ciclo y cuyo título han elegido los organizadores, quizás no les haya resultado, en principio, muy elocuente.

“Conformados con la muerte y resurrección de Cristo”, es uno de esos títulos que puede resultar un problema o una gran ventaja, y es que permite abordarlo de modos muy diferentes. Una de las primeras elecciones que requería era ver cómo abordar un tema tan amplio, por una parte, y tan plural, o con tantas posibilidades de aproximación, por otra; de modo que lo que yo les propongo esta tarde es hacer el recorrido que figura en el esquema.

## 1. TRASFONDO BÍBLICO DE LA EXPRESIÓN “CONFORMADOS CON LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO”

Quiero fundamentar bíblicamente esa afirmación, que no nace de la nada sino que tiene un fundamento, y para ello, voy a citar algunos de los textos en los que se basa y recoger qué es lo que está en el fondo de lo que nos dicen. ¿Qué experiencia, qué reflexión les llevó a aquellos primeros seguidores de Jesús a formular, no solo la fe en Jesús, sino su propia experiencia como personas? A formularla, además, con una frase tan amplia, tan profunda teológicamente, como es la de “Conformados con la muerte y resurrección de Cristo”.

Los textos a que me refiero nos pueden apuntar el contenido bíblico de esta idea. Se trata de Rom 6,4-7, Rom 8,29-30 y Gal 2,19-20, de modo que los pueden releer en otro momento con más detenimiento para ver si lo que digo se puede confirmar en su lectura.

- En la carta a los Romanos -cap. 6,4 y siguientes- recoge Pablo la siguiente afirmación: *Fuimos pues con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así nosotros también vivamos una vida nueva. Porque, si nos hemos injertado en él por una muerte semejante a la suya, también lo estaremos por una resurrección semejante, sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él para que se anule la condición pecadora y no sigamos siendo esclavos del pecado.*

- Poco más adelante, en la misma carta a los Romanos -cap. 8,29-30- Pablo dice, *Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su hijo.* En el texto anterior se subrayaba una metáfora: *injetados en él por una muerte semejante a la suya para estarlo por una resurrección semejante*, y aquí habla de *reproducir la imagen de su hijo.*

- El capítulo 2,19-20 de la carta a los Gálatas dice: *En efecto, yo por la Ley he muerto a la Ley a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy crucificado; ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí.*

Estos tres textos apuntan y ahondan qué es lo que estos primeros seguidores de Jesús entendían con esta idea: “Conformados con la muerte y resurrección de Cristo”. Podemos encontrar otros que nos permitan entender el trasfondo bíblico de esta afirmación

Pero aun así, no es nada obvio el sentido. ¿Qué significó en realidad para aquellos primeros discípulos de Jesús esto de “injertarse con una muerte semejante a la suya”? ¿Qué significaba “reproducir la imagen de su hijo”? ¿Qué significaba crucificarse con Cristo, “estar crucificado con él”? ¿Qué significaba, “ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí”?

Esta idea, que puede parecer una afirmación teológica sobre la que pasemos por encima, en realidad contiene –y es lo que pretendo mostrar en esta conferencia- una de las ideas más originales del cristianismo primitivo. Una idea que tiene que ver, no solamente con la identidad de los seguidores de Jesús -que también-; no solamente con la identidad del crucificado, ¿quién era y por qué murió Jesús? -aunque también-; sino con lo que, a mi modo de ver, tiene más trascendencia de todo y es: ¿quién era y cómo actúa Dios en la historia?

Todo ello está apuntando a la revelación de un rostro de Dios que fue, probablemente, la novedad de mayor trascendencia en los orígenes del cristianismo. Es el trasfondo de todo; todo se apoya en una novedad que quiero argumentar un poco despacio y que tiene que ver con el último punto del esquema, el 4 b) “Revelación de un nuevo rostro de Dios y de su forma de actuar”; tiene que ver con la reconciliación... pero a eso ya llegaremos. Para entenderlo tenemos que hacer un recorrido que va a pasar por diferentes fases.

La primera es este trasfondo bíblico que hemos descubierto en el título de la conferencia; es una de las expresiones más comunes de la tradición de Jesús que Pablo va a heredar. Con esa herencia Pablo va a heredar también un problema teológico que ha sido manifiesto, y quizás muy agudo, en determinados momentos de la historia y que, desgraciadamente, creo que sigue todavía sin resolverse en la teología cristiana. Pablo ofreció una respuesta a este problema teológico que tiene que ver con la interpretación expiatoria de la muerte de Jesús, el modo de entender su muerte y su relación con Dios, que, en mi opinión, sigue siendo la interpretación hegemónica en la tradición cristiana, cuando, en realidad, no era más que una forma más de entender a Jesús y su muerte.

Vamos a ver qué problema tiene esta herencia que Pablo recibe y cómo intenta solucionarlo, y si en esa solución podemos descubrir, como apuntaba antes, una novedad en los orígenes del cristianismo, que tenga relevancia para hoy. En ningún momento de esta conferencia quiero perder este hilo, el de la “relevancia para hoy”; tanto a Vds. como a mí no nos interesa dar la arqueología teológica, sino lo que esta mirada al pasado nos revela de nuestro presente y quizás de nuestro futuro.

Esta novedad que apuntaba, y que voy a intentar mostrar, no fue una mera reflexión a partir de los textos sagrados; la novedad que vamos a ver no fue una obvia consecuencia de leer textos del Antiguo Testamento. Tampoco fue solo un descubrimiento de algo que estuviera ya explícito en los acontecimientos históricos de la vida, muerte y resurrección de Jesús; de contemplar la vida de Jesús, tampoco resultaba obvio, tampoco se colegía la consecuencia a la que vamos a llegar.

En realidad, además de todo lo anterior, fue determinante un elemento, el de la experiencia religiosa. La reflexión sobre la historia sagrada, la mirada determinante a la historia de Jesús... todo eso hubiera terminado en un fracaso si no hubiera sido por unas experiencias religiosas de encuentro con el Dios de Jesús que catapultó lo que había sido un fracaso hacia un éxito sin precedentes. Una peculiar experiencia religiosa que resultó particularmente innovadora y que provocó una transformación social y religiosa en la misma proporción.

Sin embargo, todo esto comenzó con ciertas tentativas. En realidad, Pablo hereda esta tradición sobre Jesús, formulada en el título de esta conferencia.

## 2. DIFERENTES FORMAS DE ENTENDERSE EN RELACIÓN A CRISTO

Hay muchos lugares en sus cartas en los que repite esta misma idea: *porque yo os transmití lo que a mi vez recibí...* En muchas ocasiones Pablo está transmitiendo una tradición previa a él; no se la inventa, no la ha descubierto... y la formula así: *que Cristo murió por nuestros pecados*. Aquí está el inicio, al menos un testimonio de lo que ha venido en llamarse “la interpretación sacrificial-expiatoria de la muerte de Jesús”.

Pablo hereda esta interpretación de la muerte de Jesús con una imagen de Dios en la que predomina el lenguaje sacrificial, y en cuyo trasfondo están unas lecturas bíblicas que les resultarán familiares; por ejemplo, el capítulo 16 del Levítico, la fiesta de Yomkippur, el macho cabrío que se envía al desierto, el novillo que se degüella... y también los cánticos del siervo de Yahvé, el siervo sufriente, capítulos 52-53 de Isaías, están en la base de la tradición bíblica que interpretó la muerte de Jesús en clave expiatoria. De acuerdo con esta interpretación, Jesús, del mismo modo que el siervo sufriente, cargó sobre sí el castigo que merecía todo el pueblo; al modo del novillo, fue degollado y su sangre cayó sobre el arca de la alianza para que purificara el mundo y perdonara los pecados.

Esta imagen sacrificial expiatoria, de la muerte de Jesús, su sangre... ofrecía respuestas inmediatas a problemas muy candentes y urgentes del cristianismo primitivo; por ejemplo, preguntas incómodas como el porqué y el para qué de la muerte violenta de Jesús que era Mesías. Ante la constatación de la muerte de aquel que creían era el Mesías y que muere aparentemente fracasado, se preguntan ¿cómo es posible que esto ocurra? ¿Cómo puede morir el Mesías de un modo tan vergonzoso? Ante ese acontecimiento, estos modelos expiatorios ofrecían una respuesta: Jesús murió de ese modo violento, injusto, sangriento... para perdonar los pecados del mismo modo que Levítico 16 o Isaías 53.

Sin embargo, lo que inicialmente respondió a alguna de las preguntas incómodas, a lo largo de la historia del cristianismo ha generado problemas teológicos de enorme magnitud. Los más importantes tienen que ver con la identidad, con el rostro del Dios que se descubre detrás de esta imagen expiatoria y con su modo de hacerse presente en la historia.

## 3. LA LECTURA SACRIFICIAL-EXPIATORIA Y SUS PROBLEMAS

A modo de ejemplo, y para ilustrar estas dificultades, me voy a remitir a Anselmo de Canterbury, del siglo XI, que es el que ha hecho más presentes los problemas de esta lectura expiatoria. En el siglo XI él explicó que la muerte de Jesús seguía lo que él llamaba una “mecánica de la satisfacción”, que funciona más o menos así: desde Adán hasta Cristo, los hombres y mujeres no dejaron de pecar, hasta tal punto que la acumulación de tantos pecados, por parte de tantas personas, durante tanto tiempo... acumuló una enorme ofensa, una enorme ira en Dios; Dios, a cada pecado, acumulaba ira... La deuda del hombre para con Dios por la acumulación de los pecados resultó ser infinita porque Dios es infinito y nada que hicieran podía compensar la infinita ofensa, la infinita ira que tal cúmulo había producido en Dios. El hombre estaba perdido; estaba –dice Anselmo- “como un insecto a punto de ser pisoteado por Dios”. Ante tal situación, trágica y sin salida, lo único que cabía era que tan inmensa ofensa la pagara alguien como Dios mismo; como solo lo podía hacer alguien como él, pero tenía que hacerlo un hombre como todos los hombres, el único modo era que un hombre-Dios recibiera toda la cólera acumulada por Dios y Dios descargara sobre Jesús toda su ira y su castigo; así Jesús salvaba a la humanidad cargando sobre sí el infinito castigo.

Obviamente, como pueden comprender, esta interpretación tan exagerada -es del siglo XI, pero quizás, sin tantas exageraciones también se puede percibir hoy- presenta un rostro

de Dios muy irascible, cargado de ira, que tiene necesidad de compensar esa ira con una satisfacción, que tiene necesidad de víctimas que aplaquen su ira...

Presenta, en fin, una imagen de Dios que no parece sino la proyección de un antropomorfismo muy limitado; como si se proyectara en Dios la imagen de la ira del hombre; como los hombres se enfadan cuando alguien les ofende, parecía que Dios tenía que funcionar con esa misma dinámica. Joseph Ratzinger, actual Benedicto XVI, escribió sobre este tema alertando de los peligros que todavía él percibía en 1968 en la teología y en algunas reflexiones cristianas.

No hace falta quizás ilustrar más los problemas que la lectura sacrificial tiene. Parece que Pablo, en algunos de sus textos, encuentra también estos problemas que se derivan de interpretar sacrificialmente, expiatoriamente, la muerte de Jesús. Sin embargo, la interpretación sacrificial, que probablemente recordarán de la liturgia, es una de las interpretaciones más comunes para hablar del sentido de la muerte de Jesús. Esta interpretación sacrificial no necesariamente tiene que ser expiatoria; hay una cierta deriva errónea que identifica interpretación sacrificial o sacrificio con expiación, como si los sacrificios en la tradición judía no fuesen más que mecanismos para intentar compensar a Dios por los errores cometidos.

En realidad eso no es así y en ese sentido a la teología cristiana le están ayudando mucho autores judíos, antropólogos... judíos o no, que desde hace unos años están escribiendo mucho para intentar recuperar la dinámica antropológica que está detrás de los sacrificios. A mi modo de ver, una de las recuperaciones más interesantes es la que quiero plantear aquí muy brevemente: la que presenta los sacrificios en el Antiguo Testamento, en la tradición judía -y que Jesús y Pablo conocen- no como expiación, sino precisamente como imitación de Dios.

Según esta teoría, los sacrificios no se presentaban, ni se ofrecían, como un modo de intentar compensar o aplacar la ira de Dios, sino precisamente como un modo de imitar a Dios; por eso eran necesarios una serie de ritos de purificación para hacer los sacrificios y se les exigía, a los sacerdotes especialmente y a todos aquellos que ofrecían sacrificios, abstenerse de todo aquello que no se relacionaba con Dios, violencia, relaciones sexuales, comer lo que no era propio de Dios... Es decir, había que dejar de lado una serie de comportamientos que la tradición judía no relacionaba con Dios, para que el sacerdote, o los que ofrecían el sacrificio, imitaran, en ese acto, los actos de Dios; de tal modo que el sacrificio, o al menos gran parte de los sacrificios en la tradición judía, consistían en una mecánica por la que el sacerdote imitaba a Dios y la víctima imitaba la obediencia del pueblo; era un gesto en el que el pueblo se sentía reconocido, en el que podía ver cómo Dios actúa en medio de su pueblo y la obediencia a Dios.

Por lo tanto eran gestos de imitación, no de satisfacción o de compensación. El que ofrecía el sacrificio intentaba imitar a Dios -la imagen que tenían de Dios, no podemos hacer juicios de valor de cara al pasado-.

#### **4. LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO COMO IMITACIÓN DE DIOS**

Teniendo en cuenta esto, y sin entrar en más detalles, podríamos decir que la interpretación sacrificial de la muerte de Jesús podría ser entendida como un sacrificio no necesariamente expiatorio, no como una compensación a Dios por el daño producido por el pecado, sino sobre todo como un gesto por medio del cual Jesús estaba imitando a Dios.

Los primeros cristianos, cuando interpretaban la muerte de Jesús como un sacrificio, podían estar viendo, efectivamente, esta metáfora: no que alguien -Jesús mismo- ofrecía un sacrificio a Dios para compensar o para pedir perdón, o para mitigar la ira de Dios, sino para intentar imitar la imagen que Jesús tenía de Dios, que era la de su Padre.

Voy a intentar mostrar -utilizando a Pablo como guía en esta tarea, para hacerla más sencilla- que, en los textos del cristianismo primitivo aparece esto con bastante claridad. Como veremos al final, lo que se deriva es un radical cambio de la imagen de Dios, que no solo abandona las metáforas expiatorias, sino que ofrece un rostro de Dios verdaderamente novedoso, cuya radical novedad está precisamente, no tanto en la idea, cuanto en la experiencia.

En los textos que figuran en el esquema se puede ver otra interpretación de la muerte de Jesús que apunta a esta dinámica de imitación. ¿Cómo se puede interpretar la muerte de Jesús, entendiendo que con ella Jesús está imitando quién es y cómo actúa Dios, en una muerte violenta en la que se deja matar, en la que no evita que le maten.

#### a) Jesús revela al Padre en su muerte

Voy a utilizar tres imágenes; tres metáforas que Pablo usa para mostrar que, en la muerte de Jesús, él está descubriendo quién es Dios.

- *La primera es la imagen de “Jesús como hijo y de Dios como padre”.* Quizás hoy a nosotros nos resulta una imagen evidente pero no lo era en el judaísmo del tiempo de Jesús; identificar al Mesías con el hijo de Dios no era algo obvio entonces. En la carta a los Gálatas, primer texto que vamos a ver, Pablo habla de la revelación de Jesús como hijo y, por lo tanto, de Dios como Padre. Dice así en la carta a los Gálatas, 1,15-16: *Cuando aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que lo anunciara entre los gentiles...*

*Tuvo a bien revelar en mí a su Hijo...* En la tradición mediterránea, en el tiempo de Jesús y ahora, el hijo es el que da identidad al padre. Un ejemplo actual que les sonará: Mahmoud Abbas -Presidente de la Autoridad Nacional Palestina, en realidad es conocido como AbúMazen; su nombre propio es Mahmoud Abbas, pero casi nadie le llama así, sino AbúMazen, padre de Mazen, que es el nombre de su primer hijo, Mazen, el hijo primogénito, por cierto, muerto en el año 2002, pero sigue llamándose AbúMazen. El palestino, que conserva muchos rasgos de la cultura mediterránea del tiempo de Jesús, cuando tiene un hijo deja de llamarse como se llamaba y pasa a llamarse “el padre de su hijo”, lo cual quiere decir que, en esta mentalidad, no solamente la paternidad es obviamente importante, pues es lo que confiere el rango de un varón en la sociedad -lo mismo para las mujeres aunque la dinámica es un poco diferente- sino que le cambia el nombre, le cambia la identidad; incluso aunque el hijo muera, la identidad del padre sigue transformada por la identidad del hijo.

De hecho hay muchos textos en los que esta dinámica de reflejo y de identidad entre el padre y el hijo en tiempo de Jesús se puede percibir; un texto del eclesiástico, cap. 30,4, dice: *cuando el padre muere es como si no muriese pues deja tras de sí un hijo semejante a él.* Para la tradición judía era una desgracia no tener hijos, porque se cortaba la ilusión de eternidad del hombre; los hijos son los que mantienen el sueño de inmortalidad.

Asimismo, Dion Casio, historiador del siglo II, dice en su historia romana: *habéis hecho bien imitando a los dioses y emulando a vuestros padres al traer hijos al mundo, del mismo modo que vuestros padres hicieron con vosotros, pues un hijo es imagen de vuestro cuerpo y alma hasta el punto de que, al crecer, se convierte en vuestro propio yo.*

Esta identificación tan grande, que quizás a nosotros no nos resulta tan obvia en este tiempo, era algo bien evidente; nombrar a alguien como hijo de alguien, o a otro como padre de alguien, era ponerlos en tan estrecha relación que la identidad de ambos quedaba absolutamente comprometida.

En el cristianismo primitivo pronto se habló de Jesús como hijo de Dios. Tras las experiencias de encuentro con el resucitado, enseguida se comprendió que el Mesías había sido exaltado a la derecha de Dios y que había adquirido esta categoría de Hijo de Dios. Sin embargo, esta identificación de Jesús no ignoró el hecho de que Jesús había nacido de mujer, expresión que Pablo utiliza en la misma carta a los Gálatas (4,4): *cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su hijo, nacido de mujer...* una expresión que, por otra parte, era bastante desprestigiada; no lo hace aquí Pablo para ponerle una flor, sino para demostrar la humanidad, lo más histórico de la humanidad de Jesús. Con ello, los primeros seguidores de Jesús probablemente confesaban que la humanidad de Jesús era la que reflejaba la divinidad de Dios.

Estos datos nos inducen a pensar, como creen muchos teólogos, que en realidad, detrás de la reflexión cristológica, es decir, detrás de la respuesta a la pregunta sobre la identidad de Jesús (*¿quién es éste que ha vivido y ha muerto así, y Dios le ha resucitado?*), estaba, apoyándola, una reflexión teológica, que era la que tenía verdadera trascendencia, y es la pregunta por la identidad de Dios, (*¿quién es este Dios que se descubre en la vida y especialmente en la muerte de Jesús, que es el momento más trágico y que va a concentrar más preguntas en el cristianismo primitivo?; ¿quién este Dios que se ha presentado como padre y ha permitido que Jesús, su hijo, muera en la cruz del modo más vergonzoso?*)

Los primeros seguidores de Jesús, como vemos en este texto de Pablo, descubrieron precisamente la identidad de Jesús como Hijo de Dios, no en las experiencias de la resurrección, sino en la pregunta por la identidad del crucificado; esto es lo llamativo, lo descubrieron como Hijo de Dios en la cruz. Dice Pablo en el capítulo 5,10 de la carta a los Romanos: *Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo*; en ese momento se descubre que Jesús es Hijo de Dios. En la carta a los Gálatas, capítulo 2,20, texto que hemos leído antes, dice Pablo: *ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí; esta vida en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí.*

Es decir, que esta metáfora de la filiación para hablar de Jesús tiene que ver con lo descubierto en la cruz; hay algo del modo de morir Jesús que habla de quién y de cómo actúa Dios en la historia.

- *La segunda metáfora que aparece, al menos en los textos de Pablo, es la de “icono de Dios”.* Aparece en la 2ª carta a los Corintios, cap. 4,4. Dice Pablo: *si nuestro evangelio está velado, lo está para los que se pierden, para los incrédulos, cuyo entendimiento cegó el Dios de este mundo para impedir que vieran el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo que es “icono” de Dios.* Pablo utiliza la expresión: *eikon tou theou: imagen de Dios.* Icono de Dios es Jesús en la cruz.

Para Pablo, la expresión, *el evangelio de la gloria de Cristo*, remite inexcusablemente –y sus lectores lo veían de modo inmediato- al evangelio de la cruz, al Crucificado, porque, en la primera carta a los Corintios, 2,7-8, Pablo dice: *Hablamos de una sabiduría de Dios misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los jefes de este mundo, pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la gloria.*

En esta idea de que el Crucificado se presenta como gloria de Dios, como icono de Dios; tenemos la misma imagen. ¿Por qué esta insistencia de que en ese momento, el de la cruz, el de mayor humillación, de mayor vergüenza, de mayor entrega, de mayor impotencia... es el momento en el que se descubre que Jesús es icono de Dios, es Hijo de Dios?

*La tercera imagen que Pablo utiliza es la de "forma de Dios" Los versículos 6 y 8 del capítulo 2 de la carta a los Filipenses, corresponden a la primera parte del llamado "himno cristológico" -probablemente un texto que Pablo recibe de la tradición y recoge-. En él dice Pablo: Jesús Mesías, teniendo forma de Dios, no consideró un botín el ser igual a Dios -toeinai isa theou- sino que se vació a sí mismo tomando la imagen de esclavo; siendo como los hombres y viviendo como cualquier hombre, se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y una muerte de cruz.*

Es probablemente uno de los textos más discutidos y comentados en toda la tradición cristiana. Se ha interpretado de muchos modos, y aunque ahora no nos interesan, quizás, los detalles de lo que esta expresión griega, en morfê theou: en forma de Dios, podría significar, si repasan cuáles han sido las lecturas, las interpretaciones que se han hecho de este himno, al menos de la primera parte, verán que prácticamente todos coinciden en un punto y es que Jesús, en su muerte en cruz, en este acontecimiento de abajarse hasta lo más bajo, está reflejando, aunque sea de un modo ambiguo quién y cómo es Dios; es decir, está mostrando la forma de Dios.

Lo más significativo de este himno es que este "imitar a Dios", "ser forma de Dios", "ser imagen, icono de Dios", lo presenta en esta primera parte, en la que habla de la humillación, de la *kénosis*, del abajamiento de Jesús hasta lo más bajo; en ese movimiento es en el que se parece a Dios.

Sin embargo, no se habla de Jesús como "imagen de Dios" en la segunda parte del himno (Flp 2,9-11) en la que hay una exaltación de la persona de Jesús hasta lo más alto: *el nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y todos proclamen que Jesús es Señor para gloria de Dios Padre*. Se habla de Jesús como "forma de Dios" precisamente en la primera parte, en la del abajamiento, en la de la humillación hasta la muerte, muerte de esclavo, la muerte más vergonzosa en la cruz.

Probablemente, en todos estos textos Pablo está reflejando una experiencia propia, algo que descubrió en el acontecimiento de Jesús, especialmente en su muerte y que le obligó a repensar los modelos con los que él comprendía a Dios; su imagen de Dios, pero sobre todo los modelos con los que comprendía su actuar en la historia.

#### **b) Revelación de un nuevo rostro de Dios y de su forma de actuar.**

¿Cuál es, si es que podemos encontrarla en algún lugar, esta novedad? Con esto entro en la última parte de lo que yo quiero presentarles hoy.

Los textos anteriores apuntan a un cambio de paradigma en la imagen de Dios; no hablan de la lectura expiatoria, no están subrayando que la muerte de Jesús sirvió para aplacar la ira, para compensar, para satisfacer a Dios... sino que hablan en otra clave. Parece que, para aquellos discípulos, la muerte de Jesús significó el perdón de los pecados; eso aparece en muchos textos, pero, si la expiación no es el único modo de entender este perdón, ¿de qué otro modo podemos entender que en la cruz de Jesús acontece un perdón de los pecados?

Para explicar la dinámica del perdón de los pecados, Pablo emplea una imagen que a nosotros no nos resulta familiar; utiliza un término, un verbo y un sustantivo griegos, que nadie antes que él había utilizado, para hablar de cómo Dios perdona pecados. El verbo en griego es *katallasso*, con su sustantivo paralelo, también en griego, *katallagê* que se traducen por reconciliación. Ahora bien, a nosotros no nos resulta evidente su significado porque hay una dinámica detrás que quiero presentar muy brevemente.

Hay dos textos especialmente en los que Pablo utiliza esta expresión, esta particular reconciliación. El primero es la segunda carta a los Corintios, 5,16-21, que dice así: *Así que en adelante ya no conocemos a nadie según la carne y si conocemos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así; por tanto el que está en Cristo es una nueva creación. Pasó lo viejo y todo es nuevo y todo proviene de Dios que nos reconcilió –primera vez que aparece el término- consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos pues embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros: en nombre de Cristo suplicamos, ¡dejaos reconciliar con Dios!*

El segundo texto en el que utiliza esta metáfora, que es nueva, es de la carta a los Romanos, 5,10-11. Dice así: *cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su hijo; con cuánta más razón, estando ya reconciliados seremos salvos por su vida, y no solamente eso, sino que también nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación.*

¿Qué tiene de novedoso esta reconciliación cuando nos resulta probablemente tan familiar?

El término que Pablo emplea aquí para hablar de esta reconciliación, es un verbo que se utilizaba fundamentalmente en el ámbito diplomático, político o jurídico; nunca se había utilizado para hablar de lo que Dios hace, en un sentido religioso. Tenía un sentido político, jurídico quizás, y se utilizaba para explicar lo siguiente: cuando dos personas, dos amigos, se enemistan por la acción de uno de ellos, o de los dos, es decir, cuando uno de los dos ofende al otro, se separan; este verbo expresaba entonces la necesidad de que la parte ofensora desanduviera el camino, se humillara y reconociera el daño hecho para que la enemistad se tornara de nuevo en amistad. Es decir, explicaba exclusivamente el camino que tenía que recorrer, desandar, la parte ofensora, para recuperar a la parte ofendida. Si yo ofendo a mi amigo, rompo con él, la amistad se quiebra... yo soy el ofensor y él el ofendido... y el verbo describe el acercamiento, el reconocimiento y el perdón que yo tengo que pedirle al amigo para recuperar la relación rota.

Se utilizaba también para naciones, en el ámbito diplomático y también para los divorcios; de hecho, Pablo conoce perfectamente esto porque el capítulo 7 de la 1ª carta a los Corintios, utiliza este verbo en su sentido propio, cuando trata el tema del divorcio y exhorta a la mujer que se separa a que se reconcilie con el marido. Éste era exactamente el uso propio del término; nunca se utilizaba para hablar de la reconciliación de Dios para la que se utilizaban otras dinámicas.

Sin embargo, como han visto en los textos, jamás habla Pablo de que el creyente tenga que desandar ningún camino. Nunca utiliza Pablo este término para decirle al ofensor, al creyente, que le pida perdón a Dios; es exactamente lo contrario. Se esperaba del ofensor el abajamiento, la humillación, desandar el camino del orgullo y de la autosuficiencia para acercarse al ofendido...



Con este verbo, Pablo subraya, única y exclusivamente, la iniciativa del supuesto ofendido, de Dios, para restaurar la relación rota por parte del ofensor. Así, con ese verbo destaca siempre el abajamiento y la humillación de Dios para acercarse al ofensor, a la persona, la cual en ningún caso se ha movido de su lugar, no ha hecho nada para merecer esta reconciliación, sino que sigue siendo mala o enemiga, de acuerdo con los textos que acabamos de leer.

Dios reconcilia al transgresor -esto es clave en los textos de Pablo- antes de que éste haya hecho nada por acercarse a Dios, por arrepentirse o pedir perdón. Pablo utiliza este verbo para expresar que Dios ama incluso al que le ha hecho daño y no ha pedido perdón. En el capítulo 5,8 de la carta a los romanos, dice Pablo: *la prueba de que Dios nos ama, es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros*. No cuando ya no lo éramos o cuando habíamos hecho algo para dejar de serlo. El mismo capítulo de la carta a los romanos (v 10): *cuando éramos enemigos, -no cuando habíamos dejado de serlo o habíamos hecho algo para reconciliar- fuimos reconciliados por Dios*.

Esta dinámica que Pablo presenta, frente a otros modelos de reconciliación como el que he presentado al inicio -un sacrificio expiatorio- no exige ninguna petición de perdón, ni un arrepentimiento, ni un gesto desagravio; no reclama a la parte ofensora un acto de reparación, de compensación o de acercamiento; el supuesto ofendido -Dios- no requiere ningún sacrificio por parte del ofensor -la persona- ni víctima alguna. Ya lo había dicho Oseas en el Capítulo 6,6 y lo había recogido también Mateo en 9,13. Es una dinámica que funciona, única y exclusivamente, por la tolerancia, por el olvido, por la gracia, por la comprensión, por la magnanimidad de la parte ofendida respecto de la parte ofensora, es decir, de Dios respecto del transgresor.

Si esto es así, la muerte de Jesús puede dejar de ser comprendida fundamentalmente como un sacrificio de expiación para ser comprendida y concebida como una imitación de la "forma de Dios" -es el texto de la carta a los Filipenses-, de su modo de ser y actuar que no toma en cuenta las ofensas, que no busca reparación, que no exige satisfacción. La muerte de Jesús se convierte en la imitación de la dinámica de la reconciliación. Igual que Dios, por tanto, Jesús con su muerte no busca una salida a la condena injusta, no evita ser condenado injustamente, no evita la muerte... tampoco busca el enfrentamiento ni exige reparación. Jesús, en silencio, acepta el rechazo, la humillación de la muerte en cruz y la condena injusta, mostrando, precisamente así, que Dios acepta el rechazo del hombre pero que, al aceptar el rechazo del hombre, no exige reparaciones, sino que él mismo se abaja hasta humillarse para reconciliar y recuperar al perdido. Recuerden la parábola de la oveja perdida, que Jesús utiliza para hablar de Dios. Lo que hace Jesús en la cruz es expresar, del modo más hondo que cabe, esa parábola.

Desde esta clave, el concepto de pecado se desplaza, desde la transgresión o la ofensa, a la falta de confianza en Dios. Desde esta clave, el verdadero pecado no es la transgresión de una norma o de un precepto, es no confiar en este modo de actuar Dios en la historia. Que esas transgresiones no ofenden a Dios porque *no toma cuenta de los pecados*, dice el texto de Romanos; no toma en cuenta la ofensa. Desde esta clave, el pecado es no confiar en que Dios actúa así gratuitamente; y gratuitamente significa... gratuitamente.

La muerte de Jesús fue consecuencia exclusivamente del rechazo de las autoridades; Jesús no fue víctima de Dios; a Jesús lo mataron las autoridades religiosas y políticas, la connivencia de las autoridades romanas y judías de su tiempo, que no podían aceptar la deslegitimación de su poder y de la injusticia.

La muerte de Jesús revela que Dios no quiere sacrificios, sino más bien transformar la vieja imagen de Dios que se expresaba en los sacrificios, en otra que genere confianza, como la confianza que mostró Jesús en su muerte, confiando en que Dios le reivindicaría.

### 5. CONFORMADOS CON LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO

Con todo ello vuelvo, para concluir, al punto de partida. ¿Qué significa entonces “ser conformados con la muerte y resurrección de Cristo” después de este pequeño recorrido en el que hemos intentado dejar atrás unas metáforas sacrificiales que todavía siguen en el imaginario cristiano, por esta otra metáfora novedosa de Pablo, de la reconciliación como Dios que se abaja para recuperar incluso al ofensor; no solo a la víctima, sino también al verdugo, que es lo que probablemente más nos cuesta y quizás nos repugna?

“Conformados con la muerte y resurrección de Cristo”, a estas alturas de la charla nos invita, creo, a una profunda revisión de nuestras imágenes y quizás también de nuestras experiencias de Dios. Las consecuencias que tiene este cambio de paradigma que decía al comienzo, las resumo muy brevemente en tres puntos: Consecuencias respecto a la imagen de Dios, respecto a la imagen de Jesús y respecto a la imagen del creyente.

- *Consecuencias respecto a la imagen de Dios.* La oscuridad, el abandono, el silencio de Dios, se convierten, de acuerdo a esta metáfora, a esta dinámica de la reconciliación, en “revelatorios”; pero eso hay que “verlo” y “reconocerlo” en el lugar más difícil, en la cruz, en el sufrimiento, en el morir de Jesús, más que en ningún otro momento de su vida. Es lo que, en el relato de Marcos, hace el centurión que confiesa a Jesús como Hijo de Dios cuando ha muerto en la cruz, no cuando tiene experiencia de la resurrección. Es la paradoja que hay detrás.

Esta visión y comprensión de Jesús es fundamentalmente una comprensión de Dios, de su modo de ser y de actuar, que es su silencio, su aceptación total, no reactiva, de la libertad de todas las personas, no impidiendo siquiera la violencia sobre la víctima inocente, como no impidió la muerte de Jesús. Dios actúa así, este silencio revela cómo es Dios.

Esto presenta una imagen de Dios a quien la transgresión de los valores morales no le ofende, pero le conmueve y le apasiona; un Dios a quien el mal no le enfurece, pero le estremece y le angustia, y ante el que guarda silencio y no interviene. No en una actitud pasiva, sino en la más difícil de todas, esa que solo Dios sabe hacer, amando no solo a la víctima, sino también al transgresor, al verdugo. Hay aquí verdaderamente un misterio, un misterio de esta revelación de Dios.

- *Consecuencias respecto a la imagen de Jesús.* También obliga a cambiar ciertos esquemas. Jesús no muere víctima del “mal” –en general, del mal en mayúsculas- y menos víctima de Dios. Es víctima de los poderes, de la injusticia de las autoridades, de los que rechazaron a Jesús. Jesús asume su muerte como un modo de revelar la manera que Dios tiene de actuar en la historia: su silencio y su vaciamiento que terminan resultando la fuerza más transformadora de la historia. Jesús es quien mejor comprendió al Padre y vivió imitándole hasta al final; no se guardó para sí la vida, no evitó las consecuencias de ese modo de vivir, sino que llevó el proyecto de Dios hasta el final.

- *Consecuencias respecto a la imagen del creyente.* Por último, el creyente es aquel que tendría que repensar, en cierto modo, los modos de ejercer el poder, el dominio, la superioridad, porque esos son contrarios a Dios. Dios no ejerce su dominio, no ejerce su poder, no coarta. Dios es el que se abaja.

La solución al mal es, en primer lugar, un cambio de mirada, un cambio de mirada radical de la imagen de Dios. Y, en segundo lugar, una imitación de ese Dios, un Dios crucificado, utilizando la imagen de Jürgen Moltmann, que es vulnerable y se humilla para enaltecer al otro.

Esto probablemente es lo que significa “conformados con la muerte y resurrección de Cristo.

*Muchas gracias*

## DIÁLOGO

**P.** *¿Qué relación hay entre expiración y expiación?*

**R.** En principio no tiene relación directa. Expiación es una traducción del *kippur* hebreo – de hecho *YomKippur* es el Día de la Expiación- En hebreo todo se construye con consonantes, fundamentalmente *kippur* y *kaporet* emplean las mismas consonantes. *Kapporet* era la tapa del Arca de la Alianza, que es lo que el sumo sacerdote salpicaba, solo en ese día de *YomKippur*, una vez al año, con la sangre que se había recogido del novillo degollado. Entrando en el *Santa Sanctórum*, el lugar al que solo accedía el sumo sacerdote, al salpicar la sangre, purificaba esa estancia y todo el templo.

Era un rito fundamentalmente de purificación aunque se unió con el rito de expiación que iba vinculado a él (los dos ritos están explicados en el capítulo 16 del libro del Levítico) y que se expresaba con la imposición de las manos al cabrito, como un signo de que los pecados del pueblo iban sobre el cabrito y al cabrito se le mandaba al desierto y allí las fieras lo devoraban; de ese modo se expiaban los pecados, es decir, desaparecían. Era la dinámica expiatoria más común en la tradición judía. Los dos ritos están explicados en el capítulo 16 del libro del Levítico.

En tiempos de los Macabeos, poco antes del tiempo de Jesús, la muerte de los mártires se interpretaba también en esta misma clave expiatoria. Cuando, tras la llegada de Alejandro Magno y sobre todo de Antíoco Epífanes IV, que dominó militarmente Palestina y la sometió a una dominación cultural obligando a los judíos a renunciar a su propio culto y a su fe, muchos judíos morían y algunos interpretaban su muerte como un modo de espisar los pecados del pueblo. En el libro de los Macabeos hay varios textos que recogen esta idea: *acepta mi muerte, Señor, como expiación por las culpas de tu pueblo, y que sirva mi muerte para el perdón de los demás*, dice uno de los hijos. Es decir, esta dinámica expiatoria tuvo también su evolución y se utilizaba de diferentes modos. No era el modo más común de los sacrificios pero existía también.

Los problemas vienen, no tanto cuando se aplican a la interpretación de la muerte de Jesús, sino, sobre todo, cuando se aplican a la interpretación de la imagen de Dios, que es lo que hace Anselmo de Canterbury en el siglo XI, y que después otros teólogos han problematizado mucho. Por ejemplo, René Girard, uno de los que más han rechazado la lectura expiatoria, probablemente porque tenía una lectura muy radical, es quien más ha escrito sobre este tema,

Por eso he querido subrayar en la primera parte que, en la tradición judía, los sacrificios no solamente tenían esta función expiatoria, sino que muchas veces se utilizaban con esta otra dinámica: el sacerdote no era el que ofrecía sacrificios o víctimas a Dios, sino el que se ponía en el lugar de Dios; era como una especie de representación –entiéndanme bien- en la que hacía presente a Dios en medio de su pueblo.

El capítulo 34 del libro del Éxodo recoge muy bien los sacrificios como un modo de mantener la presencia, de hacer presente a Dios en la historia. Luego existen diferentes interpretaciones y lo que yo planteo es que, para la interpretación de la muerte de Jesús, la expiatoria no es, a mi modo de ver, la mejor por estos problemas que plantea.

**P.** *¿Qué consecuencias tiene en la vida espiritual cotidiana “conformados con la muerte y resurrección de Cristo”?*

**R.** Concretar las consecuencias es siempre una tarea muy difícil. Al final, en las conclusiones, he querido apuntar de un modo breve tres líneas por las que yo veo las consecuencias.

La primera y la más importante es cómo nos invita –casi nos obliga- a cambiar nuestra imagen de Dios. En el fondo yo creo que esta dinámica de la reconciliación choca con algo muy antropológico nuestro, y es que en el fondo, aunque no lo queramos reconocer, todos queremos un Dios que funcione, al menos hasta cierto punto, con la dinámica del castigo porque, al que hace mal, hay que castigarle... la justicia es que se castigue, como si el castigo compensara el daño hecho. Eso lo tenemos grabado a fuego, de modo que parece difícilísimo librarnos de ello.

Tomarnos en serio lo que aquí plantea Pablo obliga a repensar radicalmente eso. Parece que Dios no funciona con esa dinámica; Dios, ni a nosotros nos está exigiendo un castigo por nuestras faltas, ni lo hace con los demás. Esa dinámica del castigo para reequilibrar el desequilibrio que el daño ha hecho, no es la dinámica de Dios; desde nuestro punto de vista, hay una ilógica en el modo de actuar Dios.

Por eso decía al inicio que esto es el punto clave de toda la experiencia cristiana; no es ni una lógica evolución de la reflexión sobre los textos del AT, ni es una lógica deducción de la contemplación de la vida de Jesús, sino que hay algo más, hay una experiencia de Dios. Esto es a lo que yo creo que apunta.

Resulta muy difícil leer los textos bíblicos en general desprovistos de nuestros condicionamientos culturales y religiosos; de hecho es imposible; no podemos desprendernos de nuestra historia, nuestra biografía, nuestra cultura... es imposible.

Lo que sí debería ser posible y exigible es que los leamos con una pregunta crítica: ¿realmente los modelos que yo tengo, son los que se deducen del texto o estoy proyectando lecturas teológicas que han servido en algunos momentos de la historia, pero que, ni coinciden con el contexto de Jesús y sus primeros seguidores, ni coinciden con el de hoy?

A mí me parece que, en muchas ocasiones, no nos damos cuenta de que, en realidad, hacemos unas lecturas doctrinales y dogmáticas matando el texto; no dejamos a la palabra de Dios ser “palabra para mí”, porque “ya me estoy diciendo yo lo que me tiene que decir... ya sé yo lo que dice...” Pues si sabes lo que dice... ¡no lo leas! Yo descubro esto cantidad de veces... ¿Sabemos lo que dice, no solo porque nos conocemos el texto, sino porque sabemos la teología que está detrás del texto? Nos falta dejar hablar al texto; parece una obviedad, sin embargo, a mí me parece una de las cosas más difíciles, no solamente de la tradición cristiana.

A mí me parece que ésa sería una de las consecuencias más importantes. Habría otras, como Vd. apunta, de carácter ético... Claro, el creernos que Dios funciona así, nos obliga a mirarnos a nosotros mismos de otro modo, pero sobre todo, nos obliga a mirar al otro, a la otra, con otros ojos. Si Dios es el que, no solo ama a la víctima sino que incluso ama al verdugo de la víctima...

Esto a nosotros nos puede parecer obsceno, repugnante, porque en nuestra mentalidad, que nos parece la buena, a la víctima hay que recuperarla –a veces ni eso hacemos- y al verdugo, al culpable, hay que castigarlo... Pero es verdad que esa dinámica, que es la que primero sale, no hace más que perpetuar la violencia y el mal.

Pensado con un poquito de distancia, ¿no es verdad que esto que apunta Dios es el único modo de superar el mal del verdugo? Entenderán que yo, al igual que ustedes, tengo las mismas dificultades, no tanto para entender, cuanto para hacer de esto efectivamente concreción de vida. Por aquí veo el camino. Dios lo hizo; evidentemente, nosotros no somos Dios, pero por aquí apunta y yo creo que tiene que ver fundamentalmente con ese dejarse transformar por esta imagen de Dios, por la experiencia de Dios.

Ahora se dice que la espiritualidad está muy en boga porque, desde diferentes ámbitos, desde diferentes confesiones, y a veces mezclándolas, se quiere recuperar la experiencia religiosa; a mí me parece también un signo de los tiempos. La importancia de la experiencia es que nos enfrenta a un Tú, pero no con “el tú” que yo proyecto... no con “mi” imagen de Dios, ya que todos tenemos una imagen de Dios equivocada, todos... Ése es el punto de partida de todo camino religioso, de toda conversión, que tenemos la imagen equivocada de Dios, que no coincide con la de Jesús; el único modo de recorrer ese camino es aceptar que tenemos una imagen de Dios equivocada y que la verdadera imagen de Dios está siempre más allá y que nunca la vamos a poder atrapar porque, en el momento en que creamos que la hemos atrapado, se escapará. Eso es lo que argumenta Pablo en el capítulo 9 de la carta a los romanos, un capítulo fantástico.